

EL TIEMPO QUE SE ESCAPA ENTRE LOS DEDOS LUIS M. MANSILLA 1959-2012

Emilio Tuñón

Con un ducados en la mano, y una media sonrisa en la cara, Luis solía decir que “uno se gana la vida con la segunda cosa que mejor sabe hacer”. Luis y yo, desde nuestra oficina compartida, nos ganábamos la vida con la arquitectura, y muchas veces, en nuestra ya muy dilatada relación, me he preguntado cual sería aquello que Luis sabía hacer mejor que la arquitectura. El respeto mutuo que nos profesábamos me impidió, durante años, preguntarle directamente cual era esa actividad que él consideraba que sabía hacer mejor. Hoy se ha ido, y ya nunca se lo podré preguntar... Y sin embargo, después de mucho pensar estos tristes días, he llegado a la conclusión que lo que Luis mejor sabía hacer era ser persona, PERSONA dicho en mayúsculas. Una gran persona cuyas virtudes se manifestaban en muy diversos ordenes de la vida, en la vida familiar, con su mujer, con sus hijas, con su madre, con sus hermanos, con los amigos, en sus aficiones y en la vida profesional. Estas palabras escritas sólo tratan de fijar algunos recuerdos, todavía recientes, sólo tratan de presentar una parte de la gran persona con la que he tenido la suerte de compartir una dilatada parte de mi vida. Pocas personas han podido contar con tantos amigos, con tantas personas que le hayan querido tanto. Y es que su generosa humanidad se hacía presente en la alegre seriedad de su amistad y en su trato cercano, y a la vez respetuoso, con todas y cada una de las personas que se cruzaban en su

camino. Gran pianista aficionado, se reía de sus propias limitaciones con el piano, y sonriendo, una vez más, parafraseaba a Ortega y Gasset: “aficionado es lo mejor que se puede ser”. Y sin embargo practicaba una y otra vez, tocando el piano de forma sistemática, y con rigor, tratando de adquirir unas habilidades que a nuestra edad resultan difíciles de conseguir. Marinero, también aficionado, amaba al mar por encima de todos los asuntos terrenales ligados a su querida ciudad de Madrid. “El problema de Madrid es que no tiene mar” decía dibujando un paisaje del Manzanares como si de un mar se tratase. El amor al mar le llevó a Cádiz, y a Zahara, lugar en el que sus sueños se hicieron realidad. Allí es donde construyó su refugio para disfrutar con Carmen y su familia, lejos del mundanal ruido, y allí, en el sur, es donde navegaba con su hermano Vicente, disfrutando del viento y de las olas de ese océano bravo del cabo de Trafalgar. También fue un gran discípulo, humilde y capaz, que sin duda reconocía en todo momento lo que había aprendido de sus maestros, Rafael Moneo y Juan Navarro Baldeweg, pero que también era capaz de ampliar el campo de visión y replantearse lo ya aprendido anteriormente con ellos. Gran profesor, siempre generoso con sus alumnos, llevaba a cabo su labor docente con la mayor intensidad posible, porque para él “había que dedicar a cada uno de sus alumnos el tiempo que fuera necesario en cada caso; una, dos, tres horas...

todo lo que el alumno necesitara". En todo momento trataba a los alumnos de igual a igual, haciéndoles sentir a todos y cada uno como una persona especial, pero también siendo absolutamente sincero en sus muy certeras y sugerentes críticas. Críticas que también ha dejado por escrito en multitud de artículos y ensayos sobre la arquitectura, el arte y la vida. Siempre rodeado de libros, muchas veces le hemos oído decir que le hubiera gustado ser escritor, y verdaderamente lo era, era un gran escritor con alma de poeta. Hace ya muchos años, con motivo de la presentación de un proyecto en Saldaña, un periodista de un medio local le identificó como "el arquitecto poeta", desde entonces muchas eran las veces en las que los amigos bromeábamos con su condición de "poeta", a veces "plumista" como otro amigo común le solía decir, y Luis se reía... La risa y el sentido del humor eran parte de su vida. Luis se reía con todo y con todos, pero nunca de nada ni de nadie. Amaba la vida y el sentido del humor que, precisamente según él, surgía ante lo absurdo, ante lo incomprensible de la vida, y ante las paradojas que tanto le gustaba hacer presentes. Y esa risa tormentosa, unas veces, y esa sonrisa pícaro, otras veces, le llevaba a sacar fuerza de las dificultades, de los problemas, porque para él "un problema era, ante todo, una oportunidad", y por ello a menudo le gustaba explotar el potencial creativo que reside en toda constricción. Y así cuando se enfrentaba a un problema siempre trataba de resolverlo antes de tener toda la información posible, y sonriendo repetía lo que, de niño, le decía su padre "Luis siempre tratas de buscar la solución antes de leer el enunciado". Y es que lo que a Luis le gustaba era establecer el campo de juego, su propio campo de juego y sus propias reglas de juego, para poder aproximar los problemas y las constricciones a su territorio, un territorio donde todo era posible. Viajero impenitente, su curiosidad infinita le llevaba a "ver más y más rápido" como los poetas románticos con los que se sentía tan a gusto. Para él viajar era conocer, era descubrir, era "hacer visible lo invisible"... Y muchos fueron los viajes compartidos, y en estos viajes Luis se convertía en un gran conversador, optimista y creativo. Pues para Luis la conversación era una forma de conocimiento, y es por ello que sostenía que su método docente y proyectual era, sin duda, un "modelo conversacional". Pero también, durante esos viajes compartidos, había momentos para una dilatada conversación ante una buena botella de vino, símbolo de alegría y vida. Y en esos momentos me decía "Emilio, tú elige el vino que yo me lo bebo"... y entonces llegaba esa conversación íntima, de amigos, de familia, siempre con los suyos en la cabeza... Y también, en esos momentos era cuando afloraban sus mejores ideas, esas "ideas que eran independientes de la forma", como él decía a menudo con la cabeza en las palabras de "El marco de la belleza y el desierto de la arquitectura" de Emilio Lledó. Y también hablaba de literatura, del Taller de Literatura Potencial, de Perec, de Borges, de García Lorca... Y hablando de literatura, la última semana antes de su triste partida, me mostraba su obsesión con la curiosa biografía con la que un escritor, por otra parte prescin-

dible, se autopresentaba a sí mismo: "Maurice Blanchot, nació en 1907, novelista y crítico, su vida está consagrada por entero a la literatura y al silencio que le es propio"... Y me preguntaba una y otra vez, buscando en mí una respuesta que no era posible, "al silencio que le es propio... ¿a qué se referirá Blanchot con el silencio que le es propio?"... y es que Luis amaba el silencio, lo sentía como propio, y pensaba que el silencio era lo que le permitía hablar de la poesía, y entonces comenzaba a hablar de Paul Valery para el que "la poesía era una oscilación permanente entre sentido y sonido"... Y así a menudo, ya fuera en medio de una conversación entre amigos o en medio de una conferencia, a Luis le gustaba recitar las conocidas frases de Pessoa: "El poeta es un fingidor/ que finge tan completamente/ que hasta finge que es dolor/ el dolor que en verdad siente"... El dolor que en verdad sentimos con su falta... Y también le gustaba hablar del tiempo, ya fuera cuando hablábamos de literatura, de arquitectura, de pintura, de vino... Para Luis la esencia de la vida estaba en la transformación, y esa transformación permanente sólo podía ser explicada a partir del paso del tiempo. Pero también decía siempre que el tiempo era difícil de dominar, de acotar, y citaba una vez más a San Agustín "¿Qué es pues el tiempo? Si nadie me lo pregunta lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé". Unas pocas horas antes de abandonarnos en este mundo, Luis hablaba de Enric Miralles, nuestro querido amigo fallecido hace ya once años, de una forma enigmática y, a la vista de los hechos acaecidos, hasta cierto punto premonitoria: "En mis últimos treinta años de trabajo —es decir, todos— no recuerdo nada que me haya sorprendido más que el trabajo de Enric Miralles. Qué deliciosa y feliz coincidencia, quizás increíble... ¿Cómo es posible que aquella arquitectura que ha sido considerada más personal, más impenetrable, pueda haberme impresionado? La única solución es pensar que el trabajo de Enric es el mismo trabajo que el de todos, o al menos, que sus preocupaciones son también las nuestras. Como decía Josep Plá, "todo gran artista nos plagia". Plá era ese tipo capaz de decir que alguien "hablaba con mayúsculas" o definir una persona como "de aquellas que se ven más pequeñas de cerca que de lejos". Aunque, y esto es lo interesante, Enric nos ha plagiado "antes" de tener ese sentimiento en el que nos reconocemos. Sospecho que el espacio, en realidad, no forma parte de nuestras preocupaciones vitales, sólo el tiempo, que se derrama y escapa entre los dedos cuando intentamos atraparlo." A Luis se le escapó el tiempo entre los dedos cuando intentaba atraparlo... Se le escapó demasiado pronto... Y aquí nos quedamos todos solos, huérfanos de Luis.

El presente texto es una transcripción de las palabras que Emilio Tuñón pronunció, en la ceremonia que tuvo lugar en honor de Luis Moreno García-Mansilla, el sábado 25 de febrero de 2012, en el cementerio de la Paz en Madrid.

EMILIO TUÑÓN
Arquitecto
Profesor titular de la ETSAM